

Una cuestión de moral

Sergi Sánchez

No es raro que Robert Bresson escogiera el aforismo –las «notas», como las llama modestamente– para expresar su pensamiento cinematográfico. No es raro que un autor cuya obra se ha desarrollado en esas imperceptibles grietas que separan cuerpo y alma (Bresson las llamaría «elipsis», esos fragmentos de extrañamiento unidos por un montaje que no por azaroso resulta menos implacable, menos preciso. La esencialidad del cine bressoniano –«es en su forma pura como un arte pega fuerte»– responde a un ideario canónico ilustrado en función de un único concepto: la fidelidad a sí mismo, como artista y como persona. Esa fidelidad empuja a Bresson a inventarse su propio medio de expresión, el cinematógrafo, medio diametral y dialécticamente opuesto al cine y al teatro, cuyas limitaciones les impiden conseguir el objetivo de todo arte que se precie de serlo: la búsqueda de la Verdad Absoluta, una verdad que no se encuentra en el afectado fingimiento de los actores convencionales ni en la música –la destructora del silencio– que satura de corcheas una secuencia que no las necesita. Es en este sentido que la teoría bressoniana puede interpretarse

¹ Robert Bresson, *Notas sobre el cinematógrafo*, edición y traducción de Daniel Aragó Strasser, Madrid, Ediciones Árdora, 1977.

La balsa de la Medusa, 43, 1997.

como una vuelta a los orígenes. La mudez, el automatismo y la improvisación serán, como lo fueron en el principio de los tiempos, el combustible del cinematógrafo, la única energía capaz de hacer aflorar de sus personajes –de sus «modelos, depósitos secretos y sagrados»– lo único que importa: la emoción.

Recogidas en dos grandes secuencias en plano fijo –los ojos, la mirada eyaculada de Bresson– que comprenden sendas etapas de su filmografía (1950-1959; 1960-1974), estas *Notas sobre el cinematógrafo*¹ evidencian el depurado estilo formalista del autor –«sé preciso en la forma, no tanto en el fondo»–, un estilo basado en el apunte, en la fragmentación, en la hipervaloración de la parte por el todo. Si las transacciones de dinero en *L'Argent* o la nuca de Dominique Sanda en *Une femme douce* remitían a un concepto mayor e inexorable llamado incertidumbre, este libro reproduce, en un equivalente bordado de ideas fragmentadas, el pensamiento de un hombre (no un director, no un realizador) que se replanteó su práctica artística desde el cero absoluto. No importa que haya momentos discutibles en su discurso, y tampoco importa que ese discurso sea tan árido y desnudo como su propia formulación. Bresson nació en la extraña isla de los creadores absolutos, aquella isla en la que, y parafraseando a Godard, el arte es una cuestión de moral.